



INICIO DEL MINISTERIO EPISCOPAL EN LA DIÓCESIS DE GETAFE HOMILÍA

**“Mihi vivere Christus est”
“Para mí la vida es Cristo” (Flip. 1,21)**

Son las palabras del apóstol san Pablo a los cristianos de Filipos, en las que me inspiré al elegir mi lema episcopal, el que durante estos ocho años ha sido para mí un verdadero programa de vida que quiero seguir viviendo en el ministerio que hoy comienzo entre vosotros.

Hoy me presento delante de vosotros, la Iglesia del Señor que camina en Getafe, como vuestro Obispo, pastor que en el nombre de Cristo ha de anunciar el Evangelio, celebrar los misterios de Dios y vivir la unidad signo de la caridad entre nosotros.

Vengo a esta Diócesis con ilusión porque es el Señor quien me llama y me envía a vosotros, por eso mi respuesta no puede ser otra que gastarme y desgastarme por vuestra salvación. Ayudadme, queridos hermanos y hermanas de esta diócesis de Getafe, con vuestra oración y con la ayuda fraterna.

Saludo con gran afecto a mis hermanos en el episcopado que con su presencia nos honran, haciendo manifiesta la fraternidad en el ministerio episcopal. A los Sres. Cardenales, Arzobispos y Obispos mis más sincero agradecimiento. Saludo también al Secretario General de la Conferencia Episcopal.

Saludo particularmente al Sr. Nuncio y le pido que haga llegar al Santo Padre Francisco mi agradecimiento por la confianza que ha mostrado al encomendarme el cuidado pastoral de esta comunidad diocesana, al tiempo que manifiesto la comunión con el Sucesor de Pedro y mi adhesión filial a su persona y ministerio.

Os saludo a vosotros hermanos sacerdotes, a los de este Presbiterio getafense, mis hermanos y colaboradores más cercanos a partir de hoy, y a los que venís de Guadix, Almería y otras diócesis.

Un saludo lleno de esperanza a los seminaristas, que formáis parte del presente y del futuro de nuestra diócesis de Getafe.

A vosotros consagrados y consagradas os abrazo como prueba de mi estima y el respeto a vuestros carismas y a la misión que realizáis en esta Iglesia particular. Os necesitamos para hacer la Iglesia más hermosa. No puedo olvidarme de las monjas contemplativas que con su oración perseverante fecundan la vida de la Iglesia.

Y a vosotros Pueblo santo de Dios que camina en esta Iglesia particular de Getafe; mi saludo para los niños, jóvenes, familias, enfermos, especialmente a los que sufrís por cualquier causa y sois el rostro de Cristo, su carne herida.

No puedo olvidar a la querida diócesis de Guadix, tan dignamente representada hoy aquí, y a los que desde allí nos siguen por la radio y la TV. Gracias de nuevo por vuestro afecto, por vuestro testimonio de fe, y por la colaboración en la obra de la evangelización. Rezaré cada día por vosotros.

Un saludo fraterno para los representantes de otras iglesias y confesiones cristianas aquí presentes. Gracias por este hermoso y elocuente gesto de fraternidad. Que Dios os lo pague.

Quiero saludar con respeto y afecto a las autoridades que hoy nos acompañan y que representan a la sociedad en la que la Iglesia vive y ejerce su misión. Muchas gracias. El Obispo al comienzo de su ministerio os quiere mostrar su cercanía y la mano tendida para la colaboración en todo aquello que afecte a la dignidad del hombre y al bien común, me gustaría que encontráis en mí y en la Iglesia una leal colaboración.

Saludo también a mi familia, y a todos cuantos habéis venido de Guadix y de Almería, de Huércal-Overa y de otros lugares. Gracias por vuestra presencia, por vuestra oración y vuestro ánimo.

1. En el primer mensaje que escribí a la Diócesis, el mismo día de mi nombramiento, os decía: “Soy consciente que no vengo a comenzar nada, como tampoco nada terminará conmigo. La Iglesia es del Señor, y nosotros instrumentos en sus manos. Continuaré esa preciosa cadena que es la Sucesión Apostólica, siguiendo con el espíritu y la tarea de mis antecesores”.

Hoy quiero recordar al primer Obispo de Getafe, Mons. Francisco José Pérez y Fernández Golfín, cuyo aniversario de su muerte celebramos hoy; pastor que como buen cireneo puso en marcha esta comunidad con mucha pasión evangélica. A él le sucedió un pastor bueno y solícito, nuestro querido D. Joaquín, Mons. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo, hasta hoy vuestro Obispo, al que agradezco todos sus desvelo por esta Iglesia y la fraterna acogida que me ha dispensado desde el principio, que Dios se lo pague. D. Joaquín, seguimos contando con usted. El agradecimiento se hace extensivo al Sr. Obispo auxiliar, D. José Rico Pavés, que me será de gran ayuda

para juntos seguir pastoreando esta Iglesia en el ministerio episcopal, testimonio de unidad y entrega al pueblo que se nos ha confiado.

La Iglesia de Getafe no camina sola, con nosotros camina toda la Iglesia del Señor, pues somos una comunión de iglesias que se hace visible, entre otras formas, en la Provincia eclesiástica, que tiene como misión “promover una acción pastoral común en varias diócesis vecinas, según las circunstancias de las personas y de los lugares, y para que se fomenten de manera más adecuada las recíprocas relaciones entre los Obispos diocesanos” (can. 431,1). La presencia del Sr. Cardenal Arzobispo Metropolitano de Madrid, D. Carlos Osoro, y de los demás obispos de la Provincia es un testimonio de esta realidad y un motivo de aliento para seguir trabajando por el bien del pueblo de Dios que camina en Madrid.

2. La lectura del libro del Deuteronomio que hemos escuchado hace memoria de la historia de una elección. El pueblo elige al Señor para que sea su Dios. Sin embargo, esta elección del pueblo no sería posible si Dios mismo no lo hubiera elegido primero. La iniciativa, por tanto, es de Dios, que se ha fijado en el pueblo y lo ha amado haciéndolo de su propiedad. Ser el pueblo de Dios, y si cumple sus mandatos, lo “elevantará en gloria, nombre y esplendor (...) y será el pueblo santo del Señor”.

Este gozoso anuncio lo vemos realizado en la Iglesia, pueblo de Dios. “Dios nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor” (cfr. Ef, 1,3).

La Iglesia es el pueblo elegido por Dios para ser testimonio de santidad en medio del mundo. Hemos de manifestar, por tanto, con la palabra y con el testimonio de nuestra vida, personal y comunitaria, la primacía de Dios, y su amor por el hombre. Hoy son muchos los que no han conocido ni experimentado el amor de Dios. Me cuesta creer que alguien pueda resistirse al amor, al amor verdadero. Si somos presencia en medio del mundo del Dios Amor llegaremos al centro del corazón humano, y también al corazón del Evangelio y de la evangelización.

No podemos caer, queridos hermanos y hermanas, en la tentación de la autocomplacencia, es decir, en encerrarnos en los que estamos ignorando, a los que están alejados del Señor, a los que no lo conocen. Al comienzo de mi ministerio entre vosotros quiero aseguraros que trabajaré cada día, con la ayuda de Dios, por cada una de nuestras comunidades, por su unidad y progreso en la fe; pero, al mismo tiempo, quiero hacer un llamamiento a salir de esas comunidades, del posible confort en el que podemos adormecernos, en busca de los hombres y mujeres que nunca han venido, o que se fueron por alguna causa.

La evangelización es un acto de amor. Es sencillo de entender, si creemos que Cristo es lo mejor, y nuestro amor por la humanidad es cierto, ofrezcamos la luz y el consuelo de la fe en Cristo. No podemos callar. Nada imponemos, pero sí proponemos con valentía e ilusión. Es mucho lo que hemos hecho, pero es todavía más lo que nos queda por hacer. Con el Papa quiero repetir, “prefiero una Iglesia accidentada, herida y

manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EG, 49). Seamos, hermanos y hermanas, una verdadera Iglesia en salida.

3. Para ello, cada uno ha de ver cómo construye, también la Iglesia, nuestra comunidad diocesana, tendrá que ver cómo construye.

Jesús nos ha recordado en el Evangelio que el camino del Cielo es hacer la voluntad del Padre. Buscar cada día la voluntad de Dios es el camino del cristiano. No se trata de hacer lo que yo creo o lo que me gusta, sino hacer lo que Dios quiere. Me hace personalmente mucho bien pensar y rezar con un pensamiento del apóstol de Madrid, el jesuita almeriense, san José María Rubio, “hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace”. Buen proyecto de vida personal y eclesial.

Somos sabios según el designio de Dios cuando escuchamos la Palabra y la ponemos en práctica. Escuchar la Palabra es esencial en la vida del cristiano, y mucho más en la vida de los pastores de la Iglesia. Un pastor que no escucha la Palabra, que no la medita en el silencio del corazón, que no la estudia como si la acariciara porque es la delicia de su corazón, que no la contempla en lo jugoso o en la sequedad del encuentro, se predicará a sí mismo, o ensuciará esa Palabra con su modo de pensar, con sus ideas. Todos tenemos la tentación, al menos yo, de tener planes o proyectos, sin duda, con intención muy santa, que deseamos desarrollar. Sin embargo, es la Palabra la que tiene que inspirar nuestros proyectos, hemos de decirle al Señor, a la luz de su Palabra, ¿qué quieres de mí? Hemos de desprogramarnos para que el Señor nos sorprenda y no lleve por el camino que quiera; ¿qué hemos de temer si Él viene con nosotros?.

Pero, fijémonos que Jesús no habla sólo de escuchar, sino también de poner en práctica. Una Iglesia creíble es siempre una Iglesia testimonial. Como decía el beato Pablo VI, el mundo de hoy no quiere maestro sino testigos, y si acepta a los maestros es porque también son testigos.

¿Cómo haremos que la Iglesia sea creíble? Pues anunciando explícitamente a Jesucristo, anunciando la verdad sobre Dios y su amor por nosotros, y la verdad sobre el hombre, imagen de Dios, revestido de la dignidad de la criatura, llamado a vivir en Dios, y destinado a la vida para siempre, y hacerlo con actitudes de acogida, de escucha, de comprensión, de misericordia. Hacer de nuestras comunidades verdaderos hogares donde los que llegan, aunque sea circunstancialmente, vean y sientan una familia.

En la vida de nuestra diócesis, y de todas las comunidades que la constituyen, los pobres han de ocupar un lugar privilegiado. Ellos están en el corazón del Evangelio. “Estamos llamados, por lo tanto, a tender la mano a los pobres, a encontrarlos, a mirarlos a los ojos, a abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor que rompe el

círculo de soledad. Su mano extendida hacia nosotros es también una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor que tiene la pobreza en sí misma” (Francisco, Mensaje en la I Jornada Mundial de los pobres).

En definitiva, hemos de construir sobre la roca que es Cristo. Así nos lo recuerda cada día el corazón abierto del Salvador, centro de esta Diócesis y de toda la geografía española. La imagen del Corazón de Jesús que preside este Cerro y toda la Diócesis, nos está llamando a beber de la fuente de la salvación que mana de su corazón abierto. El próximo año celebraremos Dm el centenario de la consagración de España al Corazón de Jesús. Hoy, al comenzar mi ministerio apostólico en esta diócesis de Getafe quiero consagrarme a este corazón de Jesús y consagrar a toda la diócesis. El mensaje del corazón de Cristo ha de ser mucho más que una sola devoción piadosa, ha de ser un estilo de vida que tiene como fruto un gran proyecto evangelizador, el que celebramos y vivimos cada día en la Eucaristía.

4. Queridos hermanos y hermanas, estoy aquí entre vosotros porque para mí la vida es Cristo. Cristo es con mucho lo mejor. No tengo nada que ofreceros más que a Cristo, mi Señor, por eso vengo dispuesto a trabajar por vuestra salvación, rezando por vosotros y entregándome para que Él sea conocido y amado. Quiera Dios que no me reserve, que mi tiempo, mis fuerzas y toda mi vida sea para vosotros: “Convencido de esto, siento que me quedaré y estaré a vuestro lado, para vuestro progreso en la alegría y en la fe”, como nos ha dicho san Pablo.

Rezad por vuestro Obispo, para que sea fiel al Señor y un pastor según su corazón.

Invoco a la Virgen santísima, venerada aquí como Nuestra Señora de los Ángeles; que ella extienda su manto sobre nosotros, nos proteja, acompañe a la Iglesia en su caminar y nos muestre cada día a Jesús, el fruto bendito de su vientre. Pido también la intercesión de nuestros santos, Benito Menni, Maravillas de Jesús y Faustino Mínguez, y la de los beatos, M^a Ángeles de San José y Jacinto Hoyuelos.

+ Ginés, Obispo de Getafe